

De Diego, José Luis. *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*  
La Plata, Ediciones Al Margen, 2001, 317 páginas.

*Mario Goloboff*  
*Universidad Nacional de La Plata*

El período que se investiga es crucial, sumamente representativo de un momento clave en la vida nacional, en las ideas y la literatura contemporáneas. Viene precedido por el golpe de estado de 1966, la censura política, el asalto a la Universidad y la expulsión de todo pensamiento democrático de su seno; más allá (en el orden espacial), el asesinato del Ché; mucho más allá, el Mayo del 68 francés, y mucho más acá el “cordobazo”. La década ingresa y se prolonga con la guerra de Vietnam, las acciones armadas en varios países latinoamericanos y en el nuestro, las dictaduras del Cono Sur, los exilios y nuestro exilio.

En el campo teórico, emana de las revisiones lúcidas del marxismo que emprendieran André Gorz, Karel Kosik, Ernst Fischer, Herbert Marcuse; en materia cultural, también del auge del estructuralismo y el psicoanálisis; y en materia estética y literaria, de las heterodoxas reorientaciones de Galvano Della Volpe, Fernando Claudín, Roger Garaudy, Roland Barthes, el grupo Tel Quel y los althusserianos.

Describir e interpretar hoy esa época de tantos compromisos cercanos, con sus conflictos, sus ideales, sus luchas, sus vivos, sus muertos; de tantas implicancias afectivas y emocionales; de tantas proyecciones ideológicas y políticas, y también estéticas y literarias; de tantas vinculaciones con el presente, no es tarea liviana y sus resultados suelen ser inciertos. El libro de José Luis de Diego toca y se interna en ese terreno minado, y sale, más que airoso, fortalecido, porque ha sabido adentrarse en él con minuciosidad y delicadeza, porque no ha omitido detalle, publicación o debate importante, con un arsenal de fuentes y de datos enorme; porque su enfoque es objetivo y es crítico sin dejar de ser personal y nuevo.

Lo particular de ese enfoque, que es nada menos que el de la complejidad cultural, ideológica y política de todo el período 1970-1986, tiene que ver (y acaso ello sea el origen de muchos de sus aciertos) con la disciplina a la que se dedica José Luis de Diego, los estudios literarios, no sólo porque los análisis tienen más posibilidad de acertar cuando cada cual habla desde su tarea específica, sino también porque el campo elegido es uno de los sitios donde se concentran de manera privilegiada las manifestaciones ideológicas más potentes del espectro social. Es, sin duda, en el arte y en la literatura de un pueblo donde bullen los caldos de la significación, donde convergen los nudos simbólicos, donde el deseo y el inconsciente hablan, se extrovierten, se materializan. De ahí que sea un acto de justicia casi natural titular un trabajo sobre estas cuestiones con una de las frases fundamentales de una novela fundamental del período, *Respiración artificial*, de Ricardo Piglia, *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?*

Entre los temas (tan bien abordado como muchos otros, pero que guarda especial relación, a mi entender, con nuestro presente, casi como una deficiencia constante en el pensamiento argentino), está el de las así llamadas concepciones nacional populares de la cultura.

Hay que señalar que diversas posiciones de la época estudiada han hecho mal que mal su autocrítica, y en ella colaboraron la historia, los fracasos, la caída de modelos y guías. También, por qué no, cierta maduración, cuando no envejecimiento, de sus protagonistas. El libro no es indulgente con ellas, y clarifica, a la distancia, sus pocos logros y sus muchos errores. Ello lo autoriza a tratar con no menor acopio de datos y penetración crítica esa corriente que parece recorrer incólume los avances y retrocesos del siglo XX, sin que sus consignas hayan sufrido la menor mella; sin que, al parecer, la realidad haya logrado alterar sus ideas sobre la realidad.

El populismo, fenómeno vastamente estudiado en su hora por Gramsci, ha calado, en efecto, profundamente en la conciencia argentina, acaso como una manifestación más de nuestra incapacidad para resolver adecuadamente la cuestión social. Esa concepción (al fin de cuentas, aristocrática, a pesar de su apariencia generosa y declamatoria, “propia de libertos romanos”, escribía Cesare Pavese), que ensalza valores juzgados tradicionales, esenciales, como un modo de tapar la visión y la elección de las clases, alcanzó buena cima en el país de los años 70, en una confluencia no siempre muy ortodoxa con las tesis de Franz Fanon y atravesó luego la dictadura, el exilio, la recuperación democrática, algunos despachos ministeriales, y sigue ondeando hoy como una bandera legítima, perdurable. En literatura, tiene una traducción que se reconoce, coherentemente, en su preceptiva para consagrar los motivos gruesos, el procedimiento fácil, un lenguaje simple, una expresión transparente.

Esta variante del complejo ideológico de aquellos años es decorticada puntualmente en el libro. Con la misma prolijidad, se analizan la resistencia del campo literario contra la dictadura, el exilio y la literatura a la que dio origen, las difíciles y dolorosas polémicas que lo cerraron, y la entrada en la democracia, con sus frescas y veloces conversiones, sus entusiasmos y sus flaquezas, así como las nuevas funciones del intelectual que siente, a veces, que asumir las responsabilidades actuales supone necesariamente renunciar a ciertos principios.

Pero he subrayado el análisis de lo que de Diego llama “el sintagma nacional-popular” porque me parece que allí se expone uno de los núcleos fuertes del pensamiento del autor, quien analiza y estudia, pero también orienta. Y tácitamente califica o permite deducir el daño que, desde hace mucho tiempo, viene causando en la cultura argentina una posición que niega la reflexión y la inteligencia (porque ellas serían propiedad de europeos o de colonizados), y las rechaza en beneficio de la acción (patrimonio, en cambio, de pueblos que, como el nuestro, se sabe, son el coraje y el corazón mismos).

Creo que este libro quedará como obra de consulta obligada para comprender el período, de similar importancia al texto de Oscar Terán sobre los sesentas, etapa y generación que, “sustentó el proyecto utópico [...] de transformar el mundo y producir un hombre nuevo (y que) rotó ciento ochenta grados en su mirada sobre la sociedad y el Estado con miras a su transformación”. “ ‘La primacía de la política’ continúa”, nos dice el autor, pero en aquellos años “se miraba a la sociedad, ahora se mira al Estado” y “la violencia se incorporó, ya naturalizada, como estrategia de toma del poder”.

La producción literaria en Argentina fue cuantiosa y diversa, y sus líneas fundamentales y sus tendencias son bien señaladas, así como los problemas y las perspectivas que aún hoy están abiertos: qué narrar, desde dónde, qué lugar ocupa la novela en el campo literario, con la perdurable insistencia de “lo real”: “ ‘un núcleo resistente y terrible’ (Sarlo), ‘un núcleo secreto’ (Piglia), ‘una selva espesa’ (Saer)”, y, para de Diego, “una dimensión que es menester explorar, problematizar y *densificar*, exponiendo su carácter enigmático e irreductible”. Qué papel juega, en consecuencia, la representación, si es que todavía tiene vigencia, ante “el abandono de motivaciones históricas o psicológicas como órdenes *previos* a su elaboración discursiva”; qué papel siempre y todavía Borges, “referente canónico más fuerte durante los ochentas”.

Y, sobre todo, dónde queda la política en todo esto. Porque, como precisamente recuerda de Diego: “Contra el afán totalizante del realismo clásico, contra los juegos experimentales de una vanguardia agotada, contra la barbarie monolítica y excluyente del discurso autoritario, contra las variadas formas del progresismo bienintencionado, contra la pretendida transparencia de los mensajes mediáticos: allí es donde la literatura se encuentra con la política, en una *política de la escritura*, permanentemente atenta no sólo a los modos de situarse en una tradición que reconoce como propia, sino también plenamente consciente de los modos de circulación material de los bienes simbólicos en el mercado”.

Volvemos, pues, a la principal cuestión, donde se advierte la relevancia de la escritura, y su capacidad de ser el lugar de condensación y de irradiación, de alcanzar la más alta dimensión política, no por ser escritura política sino justamente por ser poética.

Por último, y no es una de sus menores virtudes, el trabajo está escrito sin la pesadez ni la monotonía de cierta prosa ensayística y crítica que causa estragos en nuestra maltratada lengua, mantiene la tensión de las ideas y el interés por adentrarse en ellas. Mientras que su validez teórica se afirma porque, como sostiene, “opta por una revalorización de una escritura crítica más atenta a la complejidad del objeto que a la fidelidad a tal o cual modelo”.

De Diego exhibe aquí sus cualidades de pensador, de intelectual, en el sentido que para mí tiene el término, que es el de quien sabe conjugar en muy alto grado la objetividad con aquello que Apollinaire llamaba “la razón ardiente”.